



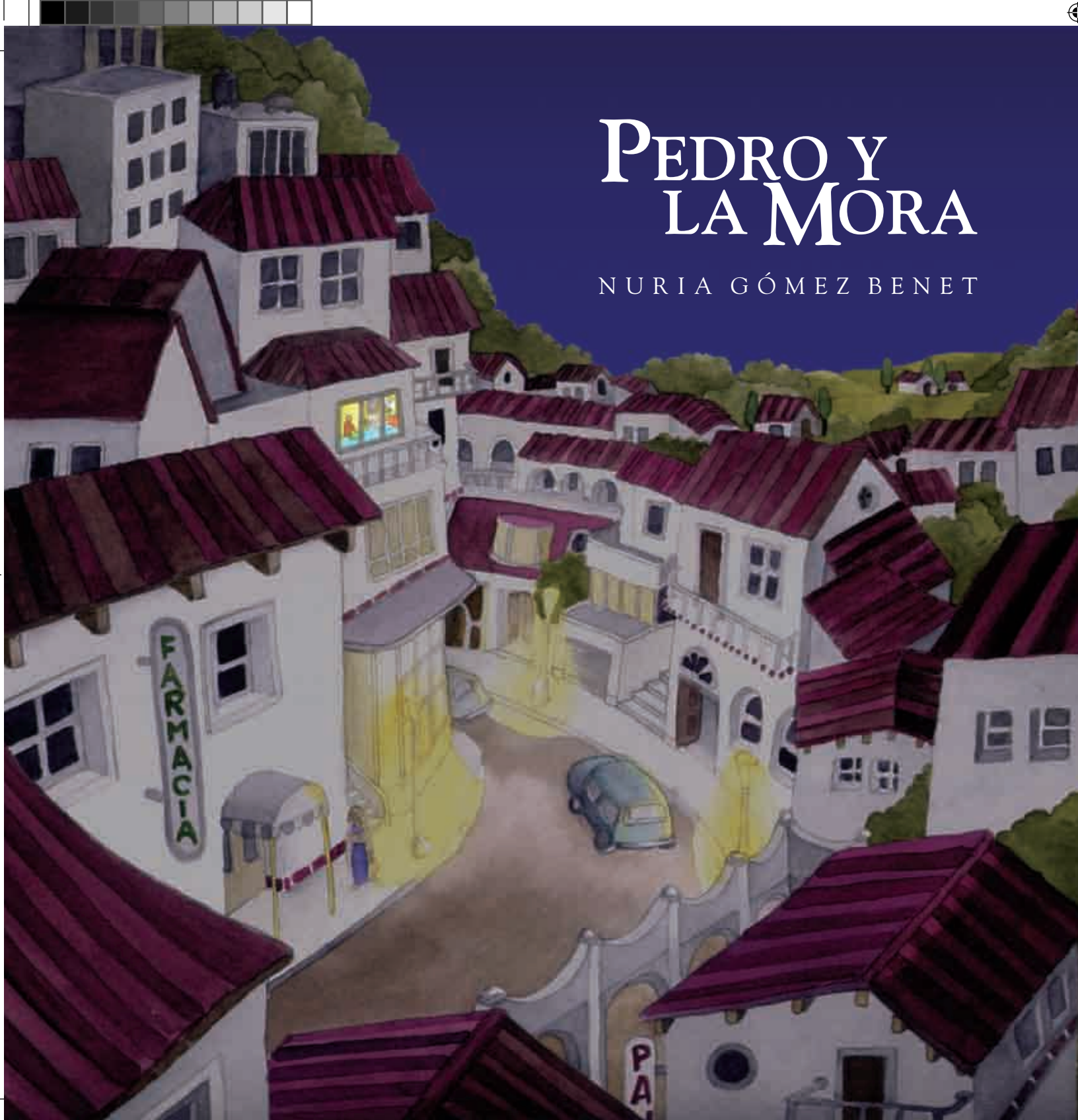
PEDRO Y LA MORA





“El rechazo a las preferencias sexuales distintas surge cuando no se cumple con el rol asignado a los hombres por ser hombres y a las mujeres por ser mujeres. Dicho de otra forma: ellas no deben actuar, vestirse, pensar como varones o tener actitudes masculinas, ni viceversa, pues eso se considera una especie de traición al género al que pertenecen”.

Lourdes Díaz Cuevas, “En gustos se rompen géneros”
Gaceta del CONAPRED, Iguales pero diferentes, número 3



PEDRO Y LA MORA

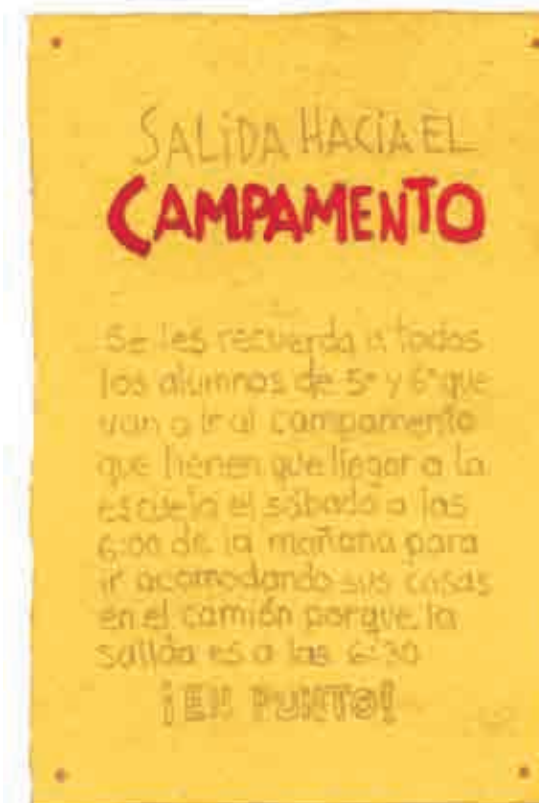
NURIA GÓMEZ BENET

Desvelado y a trompetazos

¡Teníamos que llegar a la escuela tempranísimo! Me acuerdo que puse el despertador a las cinco de la mañana, porque había que llegar a las seis, con todo y equipo de campamento. ¿Se imaginan? La maestra Alicia dijo que a las seis y media salía el camión, estuviera quien estuviera y se quedara quien se quedara.

Por eso aquella noche casi no dormí. Para empezar, me acosté muy tarde por andar preparando todo. Tenía que empacar: cuatro mudas de ropa, todas marcadas: Pedro Peniche Quijano, 6° año, Escuela Rigoberta Menchú... Luego, los tenis, chanclas de hule, traje de baño, toalla, cepillo de dientes, linterna, pilas de repuesto, música (¡indispensable!), mis calcetas de futbol (que, aunque no estaban en la lista, vienen conmigo a todos lados), una chamarra, etcétera, etcétera, y otros dos o tres etcéteras más.

Terminé de empacar pasadas las 12 de la noche y apagué la luz, dizque para dormirme. ¡No, pues no! Nada más estuve dando vueltas en





la cama, con un sueñazo, pero al mismo tiempo con la tentación de que me fallara el despertador. ¿Qué tal si no sonaba? ¿Qué tal si abría yo el ojo hasta las seis y media y no llegaba a la escuela a tiempo? ¿Se imaginan? ¡Por nada del mundo quería yo perder ese camión! ¡Con lo que me gusta salir de campamento!

Ni manera de pedirles a mis papás que me despertaran. La semana anterior me habían regañado horrible: ¡cómo que a mis 11 años todavía me tuvieran que estar levantando ellos! Total, me regalaron un despertador y me dijeron que eso ya iba a ser responsabilidad mía. Pero, ¿y si me fallaba el cochino reloj justamente el día del campamento?

Entonces se me ocurrió una idea: ¡mi tío Mau! ¡Claro! Él siempre se levanta como a las cinco. Le hablé por teléfono y le pedí que si me llamaba a esa hora... nada más por si me fallaba el despertador.

—Okey, Pedroche —me dijo—: ¡si quieres hasta te despierto con *Las mañanitas* en la armónica!

Es a todo dar mi tío Mau. Aunque sea famoso y salga en la tele, no es presumido, ni nada. Si algún día soy famoso, voy a ser como él.

Me quedé más tranquilo, volví a apagar la luz y traté de nuevo de dormir. Pero justo entonces me entró una preocupación: ¿qué tal si en el campamento les daba otra vez por molestarme?, ¿qué tal si empezaban con eso de “Petra, Petrita, date una vueltecita”? ¡Aaaaaay! ¡Qué coraje de veras!



Me quedé dando vueltas en la cama, entre el enojo y los nervios. Total, para cuando me pude medio dormir sonó el despertador, al mismo tiempo que el teléfono. Mi tío Mau le pidió prestada la trompeta a su amigo Zorro y por poco me deja sordo con esa marcha con la que levantan a los soldados. ¿Se imaginan?

Para bien o para mal, ya estaba despierto. Había que ir al campamento. Me lavé la cara, me vestí y desayuné con los dedos cruzados, esperando que todo me saliera como yo quería.

Patada, vuelta, pasito y gol

Me confié porque hacía tiempo que no me molestaban. La última vez había sido hacía dos meses, una semana y cinco días. No se me olvida. Fue cuando presentamos los proyectos para el festival.

Alfredo, Fabiola, Mercedes y yo habíamos propuesto una obra musical. Se llamaba *Dogs*, y se trataba de una pandilla de perros callejeros. La habíamos inventado entre todos y estaba padrísima. Además, ensayamos durante semanas y los pasos nos salían muy bien. Bueno, pues la función iba de maravilla, Mercedes estaba cantando esa parte de: “La vida de un perro no es vida de perros...” y cuando salí yo, dando tremendos saltos sobre el escenario, alguien gritó:

–¡Guau, Petrita! –y se puso a ladrar desde el fondo del auditorio.

¡Por poquito me caigo a medio giro! Tuve que aterrizar en los dos pies, en vez de en uno sólo, como lo había ensayado. Enseguida pensé: “No hagas caso, Pedro, todo está bien. Nadie se está burlando de ti”, pero claro que sí se estaban burlando. ¿Se imaginan? Todo el mundo se dio cuenta y nadie hizo nada.

Ellos dicen que bailar es cosa de niñas, que tomar clases de baile es de *maricones*. Para empezar, yo no lo creo. ¡Si bailar es padrísimo! ¿Por qué sólo podrían hacerlo las mujeres? Es como si dijéramos que las mujeres, aunque les guste mucho, no pueden correr en las carreras de coches, que los hombres no pueden cocinar, que las mujeres no pueden





jugar futbol... Yo digo que cada quién haga lo que más le guste, sin importar si es hombre o mujer.

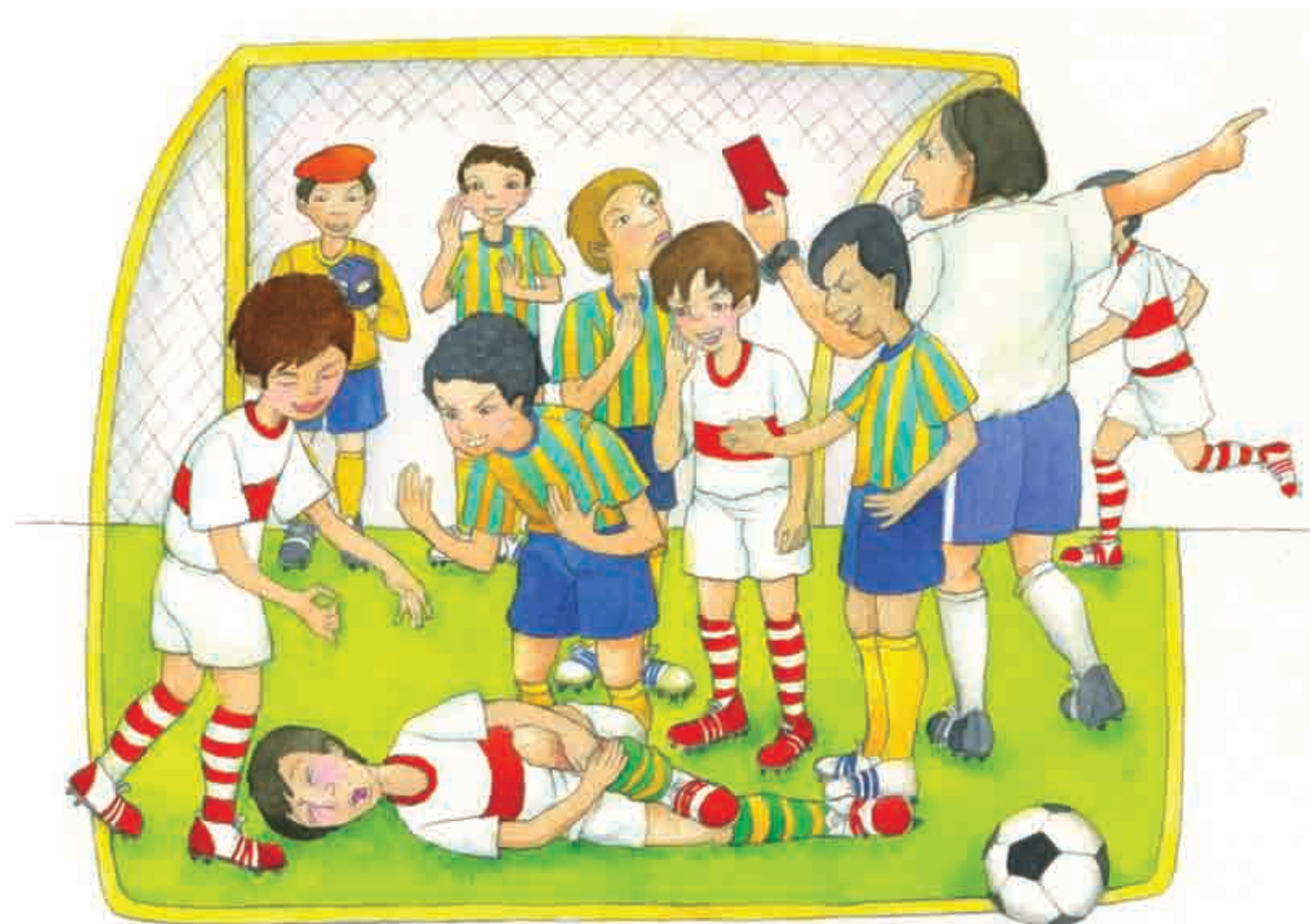
Por cierto, además de bailar a mí me encanta jugar futbol. ¡Hasta creo que el fut y el baile se parecen! Si no, que le pregunten a *Ramoncinho*, el jugador brasileño. ¿No lo han visto? ¡Parece que baila con la pelota! ¡Se ve que se divierte! ¡Juega y está bailando! Por eso mis calcetas son igualitas a las que traía él aquella vez que anotó el mejor gol de la historia. ¡Todo el estadio, sin importar a qué equipo le iba, se puso de pie para aplaudirle! ¿Se imaginan?

Yo quiero ser bailarín y futbolista. Cuando sea grande voy a bailar todo el tiempo: con el balón en la cancha y sin el balón en el teatro. ¿Se imaginan? Claro que en la escuela sólo digo que voy a ser futbolista. ¡De loco les cuento que también quiero bailar! ¡Si ya de por sí me traen en salsa! Incluso en el fut. Hace tiempo alguien salió con que yo era raro. Me hicieron un *faul* con tremendo patadón y me dolía tanto que quedé tirado en el piso. Entonces Jairo Jiménez empezó:

—¡Ay, Petrita, ya le lastimaron su piernita!

Luego, en ese mismo partido, por alguna cosa me quejé con el árbitro y me dijeron:

—¡Ay, la nena, ya nos fue a acusar, qué delicada!



Pero todo eso había sido cuando estábamos en quinto. El día del campamento yo, la verdad, pensé que como ya había pasado tanto tiempo, a lo mejor ni se acordaban. A lo mejor habían aprendido a respetar. ¡Ja, hubiera estado bueno!

Pasajeros con destino a Matímbaro

Cuando llegué a la escuela estaba el camión en la puerta. Muchos ya habían llegado, con la misma cara de dormidos que yo. Había una montaña enorme de mochilas y bolsas de dormir. ¿Se imaginan? El profesor Aldo dijo que acomodáramos las cosas en el autobús. De repente se me acercó Tere. Traía algo en la mano:

–Pedro, me encontré estas calcetas, ¿verdad que son las tuyas?

–¡Sí, Tere! –le contesté yo, feliz– ¡mis calcetas!

–Estaban por acá, tiradas. Vi que las recogía Jairo y me latió que eran tuyas.

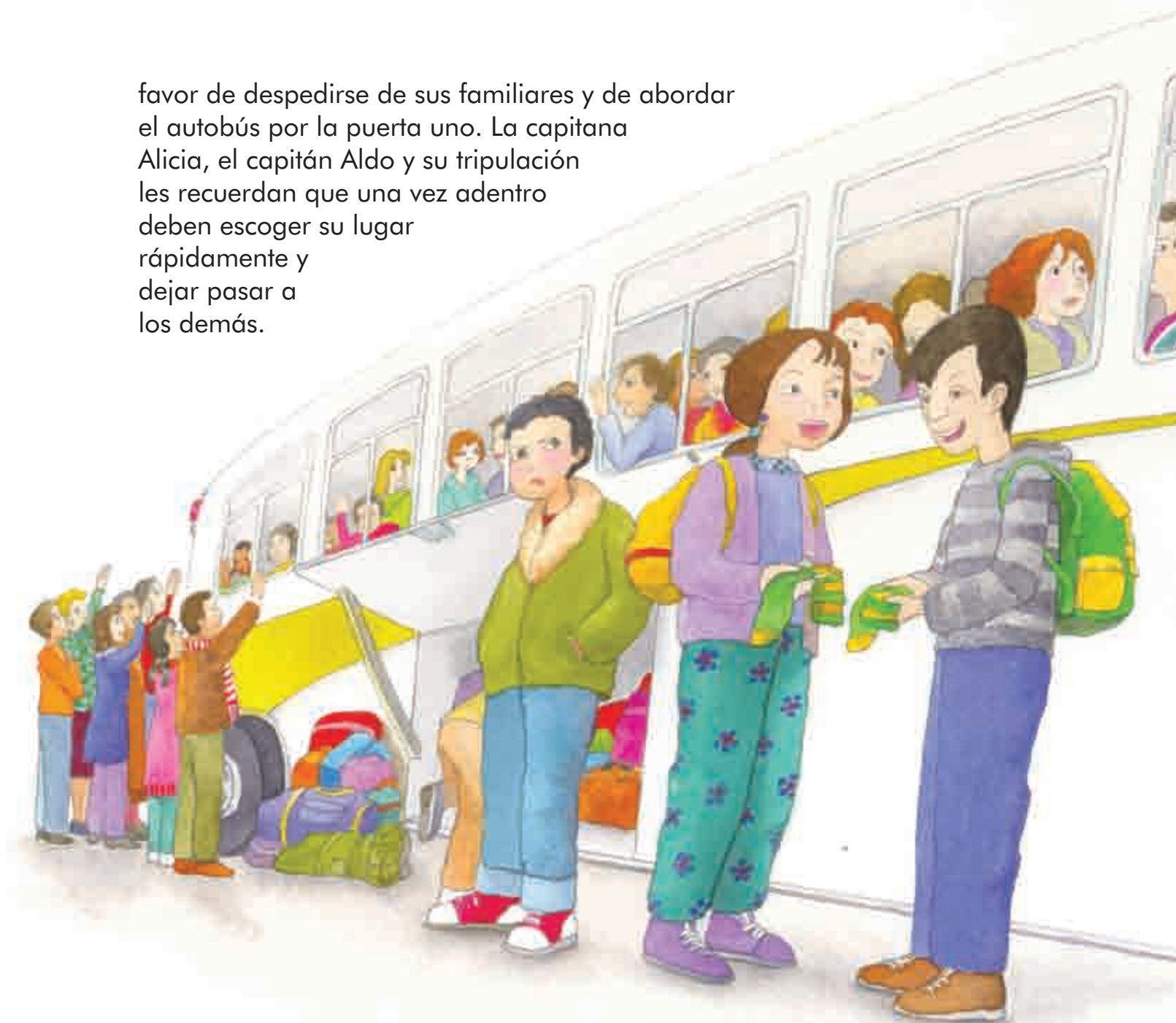
¡Quién sabe cómo se habían salido de mi mochila! ¡Menos mal que Tere las vio! ¿Se imaginan? Jiménez no me las hubiera devuelto.

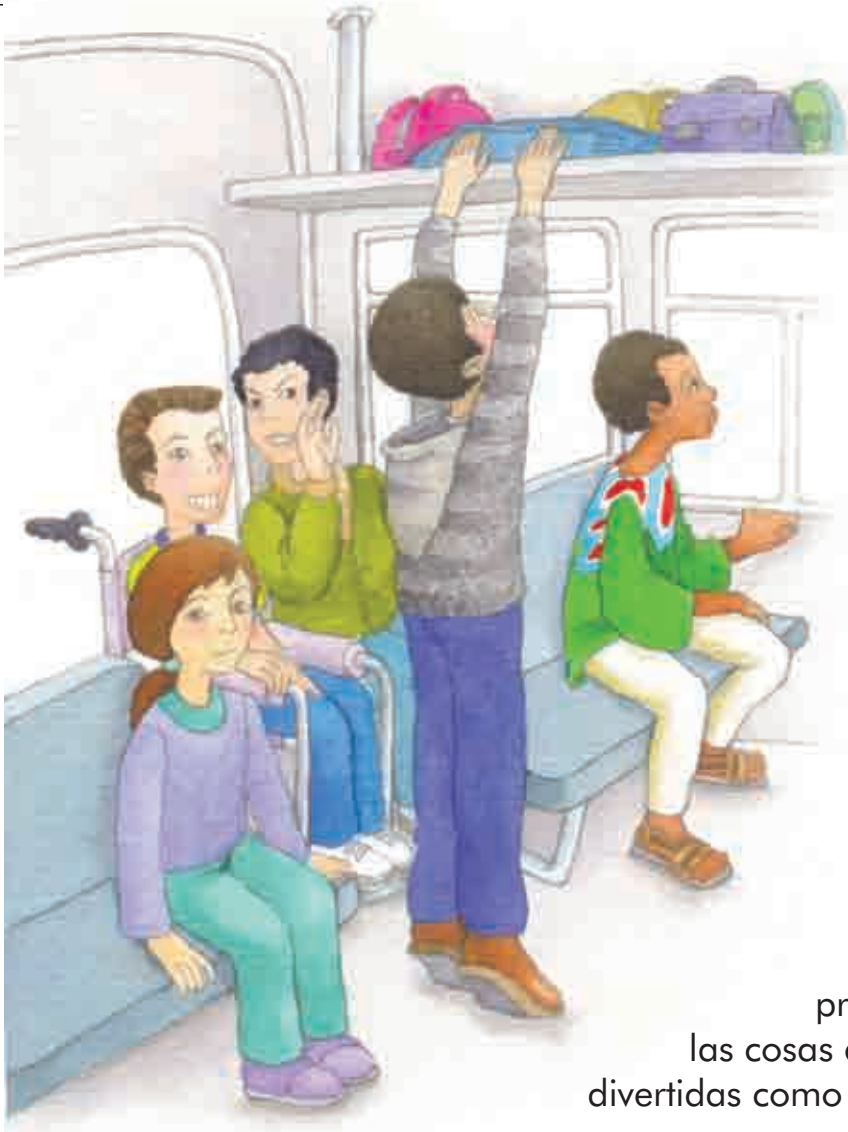
–Gracias Tere –le contesté, y me guardé las calcetas en la chamarra. Jairo Jiménez se me quedó mirando desde lejos. Esa sonrisita burlona quería decir claramente que si volvían a llegar a sus manos ¡adiós calcetas de *Ramoncinho*!

Al rato estábamos todos platicando emocionados; queríamos saber cómo eran las cabañas, si íbamos a poder nadar llegando al campamento... El profesor Aldo tuvo que tocar el silbato durísimo para que lo oyéramos. Luego, nos habló por su altavoz:

–¡Atención! Pasajeros con destino al campamento de Matímbaro,

favor de despedirse de sus familiares y de abordar el autobús por la puerta uno. La capitana Alicia, el capitán Aldo y su tripulación les recuerdan que una vez adentro deben escoger su lugar rápidamente y dejar pasar a los demás.





Estaba de buen humor el profe. Yo me subí de los primeros y me senté junto a Yaro. Detrás de nosotros se acomodaron Juan Luis y Jairo Jiménez. Cuando me levanté para guardar mi chamarra en la parte de arriba, nada más oí que le dijo a Juan Luis:

–¡Uy, pobre Yaro!, le tocó con tu cuate Pedrito.

–¡Sí, caray! –le contestó Juan Luis, con una media sonrisa.

Yo mejor hice como que no había oído. Al cabo Yaro traía un juego padrísimo para la carretera. Pero, aunque era muy temprano para preocuparse, tuve la sospecha de que las cosas en el campamento no iba a ser tan divertidas como me las había imaginado.

Contando en *lingala*

Yaro y yo habíamos jugado más de 50 veces con su juego. Entonces decidimos contar los carros que pasaban, pero en *lingala*, que es el idioma de su país.



–Un *motuka*, dos *motuka*, tres *motuka*... –veníamos diciendo.

Luego decidimos contar también perros al mismo tiempo, para hacerlo más difícil:

–Un *mbwa*, dos *mbwa*...

–Cuatro *motuka*, tres *mbwa*...

Mientras, los de adelante cantaban por milésima vez la de “Vamos a contar mentiras, tralalá”. En eso, se atravesó un perro flacucho y chiquitito. ¡El chofer tuvo que meter el freno a fondo para no hacerlo papilla! ¿Se imaginan? El zonzito de Gandarilla, que no se había puesto el cinturón, fue a dar al suelo y se pegó durísimo en la frente.

Se hizo un silencio mientras todos volvíamos a respirar. En eso Yaro vio al perrito que, como si nada, terminaba de cruzar, salte y salte, la carretera.

–¡Cuatro *mbwa*! –gritó Yaro en medio del silencio. A mí me dio risa, porque los demás no tenían idea de lo que estaba diciendo.



Al poco rato, la maestra Alicia tomó su altavoz:

–Estimados pasajeros, si observan hacia el frente podrán distinguir el campamento de Matímbaro, allá, del otro lado del río.

¡Uy! Ya todos se andaban levantando de sus asientos.

–¡Hey! –volvió a decir la maestra-capitana–, les recuerdo que deben permanecer sentados y con el cinturón abrochado... No sea que se atravesase otro perro. ¿Verdad, pasajero Gandarilla?

Yaro y yo nos asomamos por la ventana. ¡Guau! ¡El campamento estaba padrísimo! Se veían unas cabañas entre los árboles, del otro lado de un puente que cruzaba el río. Alguien llegaba en ese instante a la orilla, en una lancha. No se veía muy bien quién era. Se bajaba con un gran perro y nos saludaba desde lejos.

Una Mora entrenada

El profesor Aldo nos dijo que seguramente era Marcela, la encargada del campamento, que siempre andaba con la Mora, su perra negra. Él se bajó enseguida del camión, para saludarla. No faltó quien soltara un chiflidito romántico y le dijera:

–¡Ándele, lo están esperando! ¿Eh, profe?

Él, enojado, se puso el dedo en la boca:





–¡Cállense, no molesten! –¡Pero bien que se puso rojo!

Nos bajamos y nos repartimos nuestras cosas. Había que caminar un buen rato hasta el puente por donde se atravesaba el río. Era un puente colgante de madera y cuerdas. ¿Se imaginan? ¡Qué bien: íbamos a pasar por encima del río! Sólo Juan Luis estaba dudoso.

–¡Oh-oh!, yo no sé si podré pasar con mi silla –dijo, pensando en voz alta, pero Marcela lo tenía todo calculado. Se acercó y le dijo:

–¡Hola Juan Luis! Yo soy Marcela.

–¿Qué tal? –contestó él, mirando preocupado hacia el puente.

–Tú y yo nos vamos a ir en la lancha. ¿Te has subido alguna vez a una lancha de motor?

A Juan Luis se le iluminó la cara:

–¡No, pero me encantaría!

Entonces Marcela le chifló a la Mora:

–¡Fí-uít!

La perra, que andaba hasta por el otro lado, llegó corriendo. Marcela le señaló la mochila de Juan Luis y le dijo:

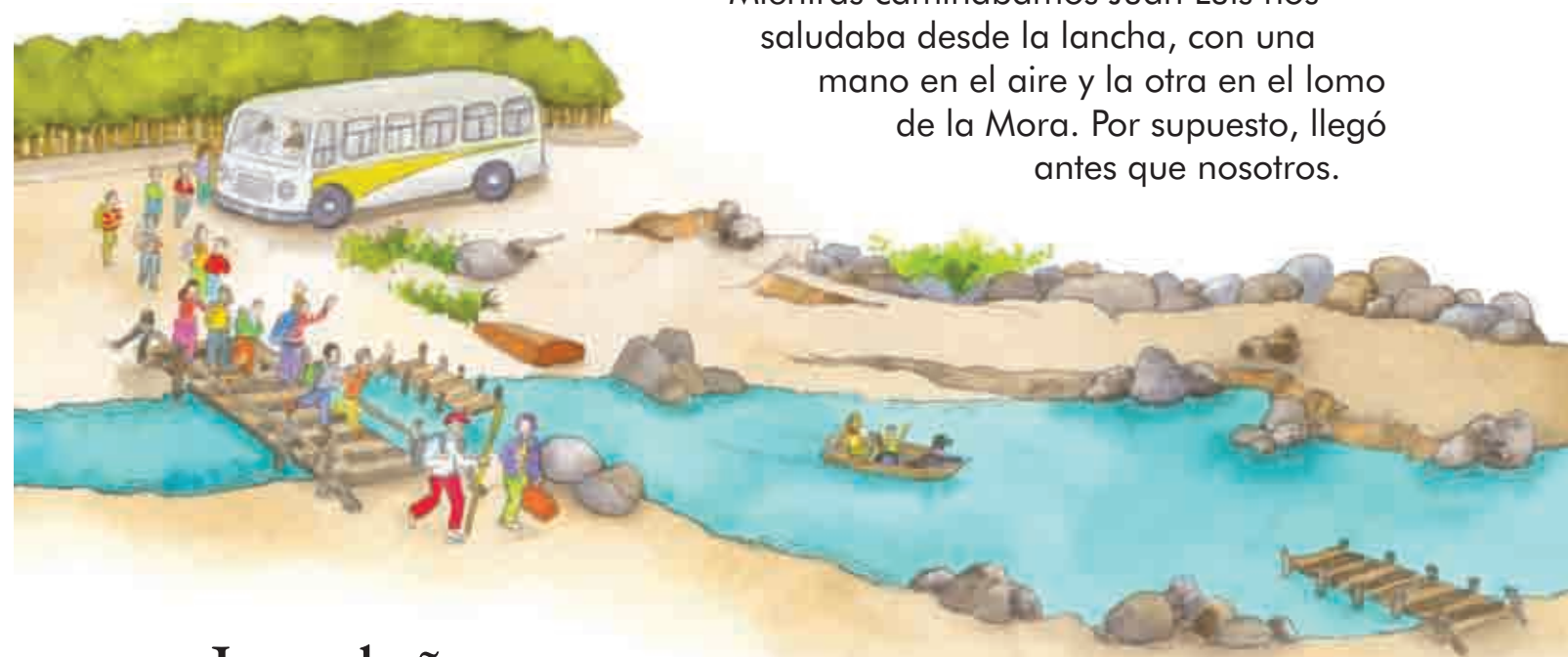
–Esto, a la lancha.



¡Y la perra se llevó la mochila hasta la orilla del río, pegó un salto y la dejó dentro de la lancha! Luego regresó para que Marcela la acariciara.

–¡Muy bien, Morita!

Mientras caminábamos Juan Luis nos saludaba desde la lancha, con una mano en el aire y la otra en el lomo de la Mora. Por supuesto, llegó antes que nosotros.



Las cabañas

El puente se movía. ¡Era casi como caminar flotando por encima del río! ¿Se imaginan? Cuando llegamos del otro lado ya estaban Juan Luis y Marcela esperándonos.

–Sígueme, los voy a llevar a sus cabañas –dijo Marcela.



Empezamos a caminar por un bosque. Se escuchaban muchos pájaros. Olía como a árbol de Navidad, riquísimo. De repente, en medio de todo ese verde, distinguimos un techo de teja.

–Esa es la cabaña de los varones –señaló Marcela– pueden adelantarse si quieren, con su profesor... ¿Aldo, verdad? –le dijo al profe, mirándolo a los ojos–. Yo me sigo con las niñas a la cabaña que se ve más allá.

–Vénganse todos los hombres conmigo –ordenó entonces el profe, que se había puesto un poco colorado.

Mientras las niñas se iban con Marcela y la maestra Alicia, por allá atrás escuché a Jiménez:

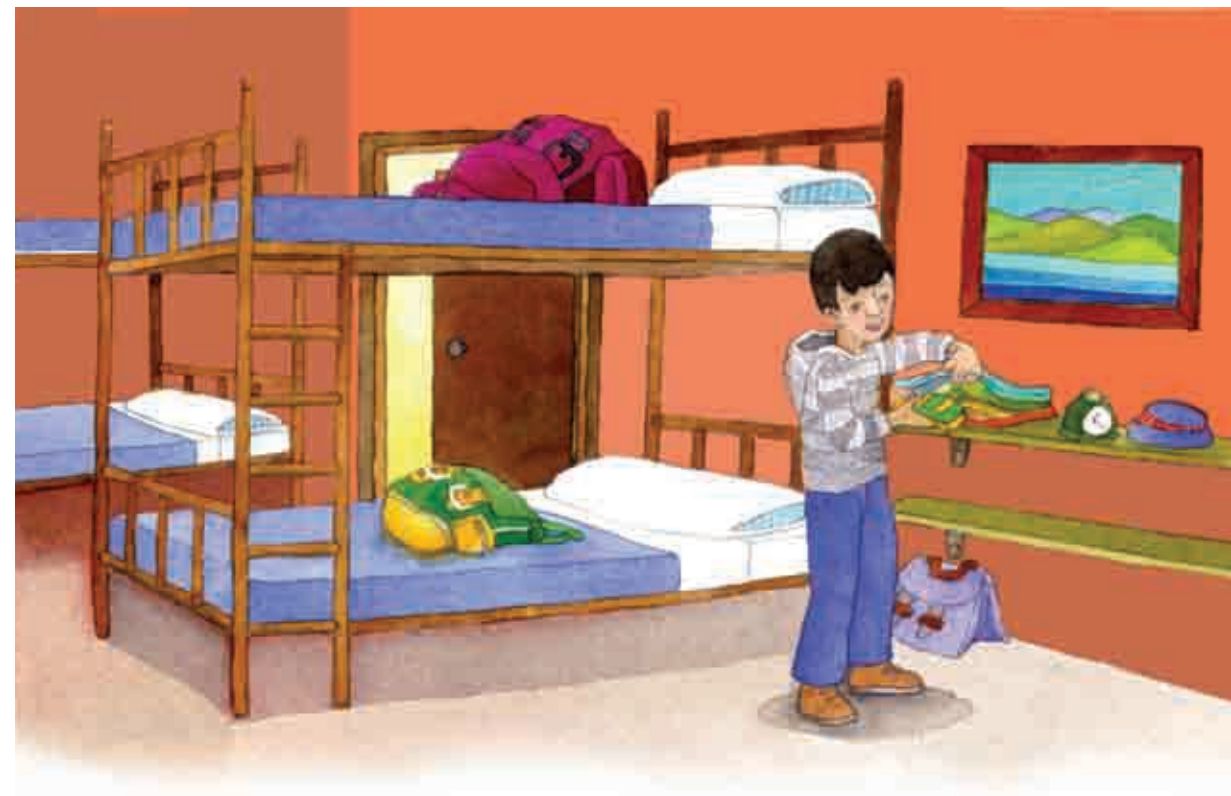
–Dijo los hombres, Petrita. ¡Córrele, que te dejan!

El profesor Aldo se le quedó mirando con ojos de pistola.

–¡Última vez que le faltas así al respeto a tus compañeros, Jiménez! El muy mustio quitó la sonrisita.

–Sí, profe.

Yo no me la creí. Le agradezco al profe, pero la verdad, mejor ni me hubiera defendido. Muchas veces, cuando un mayor defiende a alguien, sale peor. ¿Se imaginan? Nomás se da la vuelta la persona grande y al otro pobre le va peor que antes. ¡Yo sólo esperaba que aquella vez no me fuera tan mal!



La cabaña estaba superbien. Tenía dos filas de literas y un baño grandísimo. Por las ventanas se veía sólo verde y azul: árboles, plantas, cielo y río. ¿Se imaginan? ¡Yo nunca había estado en un lugar así! Me encantó.

Conforme entramos fuimos dejando nuestras cosas en las literas. A mí me tocó compartir la mía con Alex, que enseguida apartó con su mochila la cama de arriba.

Después de que nos instalamos, Marcela vino a buscarnos. Nos dijo que nos pusiéramos el traje de baño, porque íbamos a nadar en el río. Quedamos de vernos con ella 10 minutos después. Yo me cambié y dejé mi ropa en la repisa que me había tocado. Decidí poner hasta abajo las calcetas: mejor que no se vieran.

En eso escuchamos el silbato de Marcela afuera de la cabaña.

¡A nadar! Todos corrimos, con ganas de echarnos al agua. Yo salí el último y cerré la puerta.

Empezamos a caminar en grupo por una vereda ancha. Hasta adelante iban el profe Aldo y Marcela, la Mora iba un rato con ellos, otro rato entre nosotros, moviendo el rabo, y luego volvía a correr junto a su dueña. De pronto, así, de la nada, se me acercaron Jairo y Juan Luis.

—¿Dónde dejaste tus calcetas, Petrita? —me dijo Jairo, burlón—. ¡Las hubieras traído: te quedan lindas, de veras!



¡Ya le iba yo a contestar, cuando escuchamos un chapuzón en el agua! Tere gritó divertida enfrente de mí:

—¡Ih! ¿Vieron eso? —gritó—: ¡la perra se echó un clavado!

Yo no la vi la primera vez, pero la vi después, cuando lo volvió a hacer como 100 veces. Salía del agua y pegaba la carrera desde la orilla. ¿Se imaginan? Se aventaba de clavado y sacaba del fondo cachos de lama, esa planta oscura que crece en los ríos. ¡Yo nunca había conocido una perra así!

Mientras nadábamos, Juan Luis y Jairo se desaparecieron un buen rato. Yo ya me sospechaba que algo raro iba a suceder.



Todos contra uno

Habíamos pasado el día en 1,000 cosas. Después de nadar comimos delicioso y la tarde se nos había ido rapidísimo entre la excursión a la barranca y la fogata.

Ya de noche, regresamos a las cabañas. Al otro día temprano íbamos a jugar un minicampeonato de futbol. La cancha estaba entre el río y el bosque. ¿Se imaginan? ¡Me iba yo a poner mis calcetas. ¡Ya vería Jiménez lo que era bailar con el balón! Pero cuando llegué, mis calcetas no estaban donde las había dejado. ¡Ih!

–¿Nadie ha visto mis calcetas de futbol? –pregunté en voz alta.



–Uy, uy, uy! –se burló Jairo– ¡La nena perdió sus calcetitas!
¡Ay, qué tragedia!

¡Sentí que la sangre se me subía a la cara, como un volcán a punto de explotar!

–¡Qué poca, Jiménez! –le dije furioso–. ¡Tú fuiste! ¡Dámelas!
–¡Te voy a dar otra cosa, *mariquita*! –gritó, mientras me tiraba al suelo de un empujón. Yo ya no sabía si levantarme o mejor taparme los golpes. ¡Me estaba pegando por todos lados! Ortigosa trataba de separarnos, pero Jairo no me soltaba y varios de los demás lo animaban para que me diera más duro. ¡Por suerte en ese momento alguien gritó:

–¡Ahí viene el profe!

Y todos nos fuimos a nuestros lugares como si no pasara nada. El profe ni sospechó:

–Muchachos, ya se apaga la luz. Todo mundo a su cama.

Yo no quise contarle nada. ¡No fuera a ser que me defendiera y la acabáramos de amolar! Regresé a mi cama y me metí como si me fuera a dormir. Pero cuando calculé que ya el profe Aldo estaba lejos, me fui hacia la cama de Jairo.

–En buena onda: ¿dónde dejaste mis calcetas, Jiménez?
–¡Ya te dije que yo no las tengo, maricón!
–Sí, ya no friegues con eso –dijo Juan Luis desde su cama.



–Ya, mugre Pedro, no seas delicado... –contestó Alex, más allá.

¡Y que le jalo las cobijas a Jairo! ¡Yo no sé para qué se me ocurrió!

–¡Espérate Petra, ya déjame! Además, ahora que me acuerdo, a ti te toca dormir en la otra cabaña. Allá van las mujercitas.

¡Se paró de la cama y se me fue encima de nuevo! De pronto, todos se pusieron del lado de Jiménez:

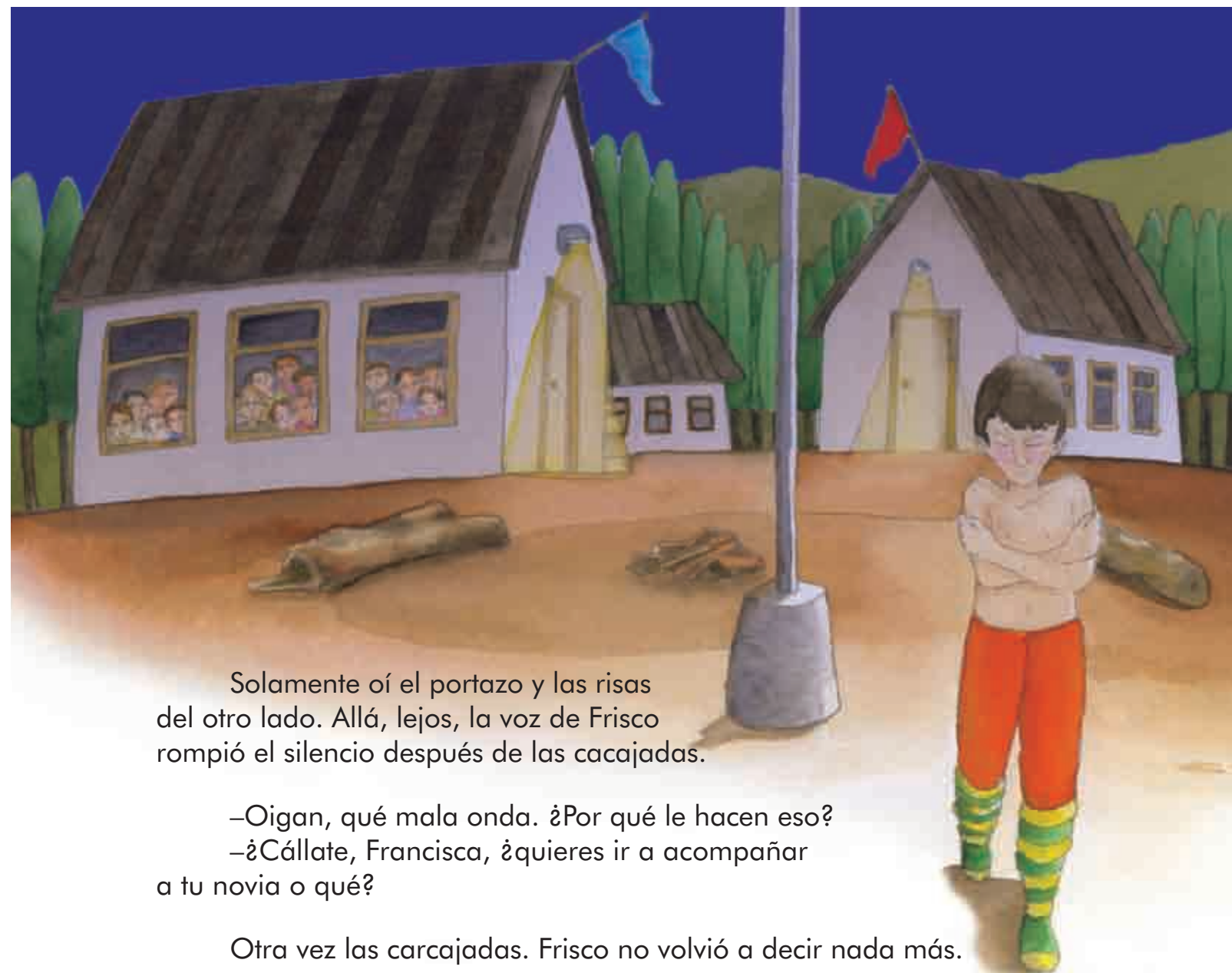
–¡Sí! ¡Aquí no queremos maricones ni bailarinas! ¡Afuera!

¡Sentí que eran como 100 manos las que me cargaban! ¡Otras me pegaban, me jalaban la ropa, me quitaban los zapatos o me agarraban del pelo entre burlas! ¡Ay, ¿se imaginan? (Si se lo imaginan, sabrán exactamente cómo me sentí).



–¡Ya! ¡Bájenme! ¡Ahora sí se pasaron, bájenme montoneros! –la voz me temblaba de coraje y de miedo... pero no me bajaron. Mejor dicho sí me bajaron, pero así, de golpe, fuera de la cabaña. Cuando estaba yo tirado en el suelo, Jairo se sacó del bolsillo mis calcetas y me las aventó:

–¡Ahí están tus mediecitas, chula! ¡Ya no llores!



Solamente oí el portazo y las risas del otro lado. Allá, lejos, la voz de Frisco rompió el silencio después de las cacajadas.

–Oigan, qué mala onda. ¿Por qué le hacen eso?

–¿Cállate, Francisca, ¿quieres ir a acompañar a tu novia o qué?

Otra vez las carcajadas. Frisco no volvió a decir nada más.

Me puse las calcetas y me fui caminando furioso. Las piedras me lastimaban, pero no me importó. Venía yo chillando y mordiéndome los labios para que nadie me oyera. Mientras más lejos me fuera, mejor.





Dos ojos fosforescentes

Yo hubiera querido atravesar el puente y buscar un lugar donde dormir del otro lado, pero estaba tan oscuro que caminé quién sabe hacia donde y me perdí. Durante horas quise distinguir una lucecita a lo lejos... No, no había nada que me orientara. La noche parecía una cartulina negra enfrente de mis ojos. Tenía que poner las manos por delante al avanzar, para no pegarme con los árboles.

El bosque tiene sonidos distintos en la oscuridad. Muchos. Soplaban el viento con un silbido tétrico entre los árboles; mis pasos crujían en las hojas secas y algunos animales, no sé si pájaros o qué, hacían sonidos que parecían de película de terror.

—Peor estaría en la cabaña —me decía yo solo, aunque la verdad llegó un momento en que el bosque se volvió tan tenebroso que pensé en buscar la cabaña de las niñas para dormir ahí. Pero, ¿se imaginan si se enteraban los demás?:

—¡Claro que se fue a dormir a la cabaña de las niñas! ¡Hasta que por fin salió del clóset! —me dirían, porque así son.

De pronto me tropecé y rodé por una larga bajada. Lo malo no fue el susto que me llevé, sino que caí en una mata llena de espinas. Como no traía camisa me arañé desde la cabeza hasta la cintura, brazos y todo. ¡Me dolía todo y tenía miedo, la verdad! Me salí de los espinos como pude y me senté abrazándome las piernas. Entonces sí lloré y lloré. ¡Qué solo estaba!



Al rato me acosté en el suelo. De todos modos no podía hacer nada hasta que amaneciera. Traté de dormirme, pero tenía frío y los rasguños me dolían. Me quedé tirado, hecho bola en el suelo.

Luego oí ruidos en la hojarasca: parecían los pasos de un animal. ¡Ay, mamá! ¿Y si era un coyote? ¿O un tigre montés? ¡Yo ni sabía qué animales peligrosos podía haber por allí! Aguanté la respiración, intentando escuchar... y los pasos se detuvieron.

—¡Menos mal! —pensé. A lo mejor había sido mi imaginación, pero cuando alcé la vista de nuevo me topé frente a frente con dos ojos fosforescentes que me miraban fijamente. ¡Pensé que me moría! Me quedé inmóvil, así, con los músculos apretados y sin respirar.

Aqué! animal empezó a olfatearme. ¡Yo ya esperaba el gruñido y el primer mordisco! Pero nada de eso llegó. Una lengua rasposa me lamía los arañazos en la noche cerrada.



—¿Mora? —dije reconociendo el olor a lama de la perrita nadadora.

No me contestó nada. (¡¿pues cómo si era perra?!), pero se acurrucó conmigo como si me dijera: “Yo te acompaño”. Y así, ya sin tanto frío, abrazando a la Mora, me quedé dormido cuando ya casi salía el sol.



Otro portazo

Frisco me contó después que salió a buscarme cuando todos se durmieron. Pasaban de las dos de la mañana. Tomó su linterna sin hacer ruido, recogió mis tenis, mi camisa y mi chamarra, se puso los zapatos calladito y salió al bosque. Pero no me encontró. Dio vueltas como yo, en la oscuridad, hasta las cuatro, sin dar conmigo. Entonces regresó al campamento para avisarle al profesor Aldo. Él abrió la puerta de su cuarto con cara de dormido.

—¿Qué pasa? Apenas van a ser las cinco. ¿Qué haces despierto?

—Es que Pedro no está por ningún lado.

Dice Frisco que el profe abrió unos ojos enormes al instante.

—¿Cómo que Pedro no está?! ¿Adónde puede haber ido?

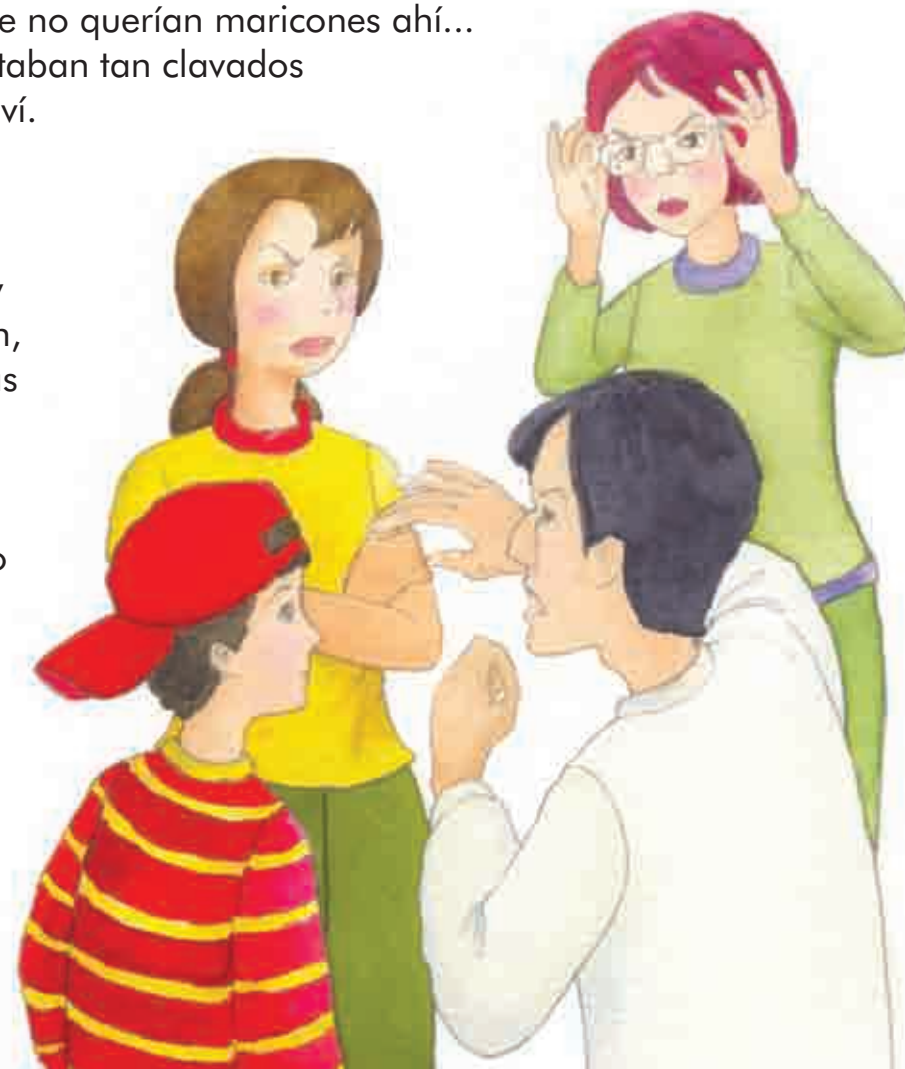
Frisco le contó lo que había pasado. El profe no se había dado cuenta. Cuando pasó a revisar la cabaña, como a las 12 y media de la noche, encontró todo tranquilo y apagado. Al saber de la pelea y de cómo entre todos me habían corrido, se puso furioso. Frisco dice que nunca lo había visto así.

—¡Bueno, pero ¿con qué derecho hicieron algo así?! —le gritó—. ¿Me puedes explicar?

—Pues sólo dijeron que no querían maricones ahí... Yo les quise alegar, pero estaban tan clavados que... la verdad no me atreví.

El profe se puso unos zapatos y fue rapidísimo a buscar a la maestra Alicia y a Marcela. Cuando salieron, les explicó cómo estaban las cosas. La maestra dijo que había que ir cuanto antes a buscarme. Marcela volteó hacia todos lados llamando a su perra, pero no la encontró.

—Bueno —dijo—
vámonos, al rato seguro
nos alcanza por ahí.





Dice Frisco que entre los cuatro me estuvieron buscando hasta las ocho de la mañana, pero yo estaba dormido muy lejos de ahí y no me enteré.

Al rato encontraron a la Mora por ahí y regresaron con ella al campamento para hablar con todos los demás. Frisco dice que el profe abrió de un portazo la cabaña de los hombres, gritando:

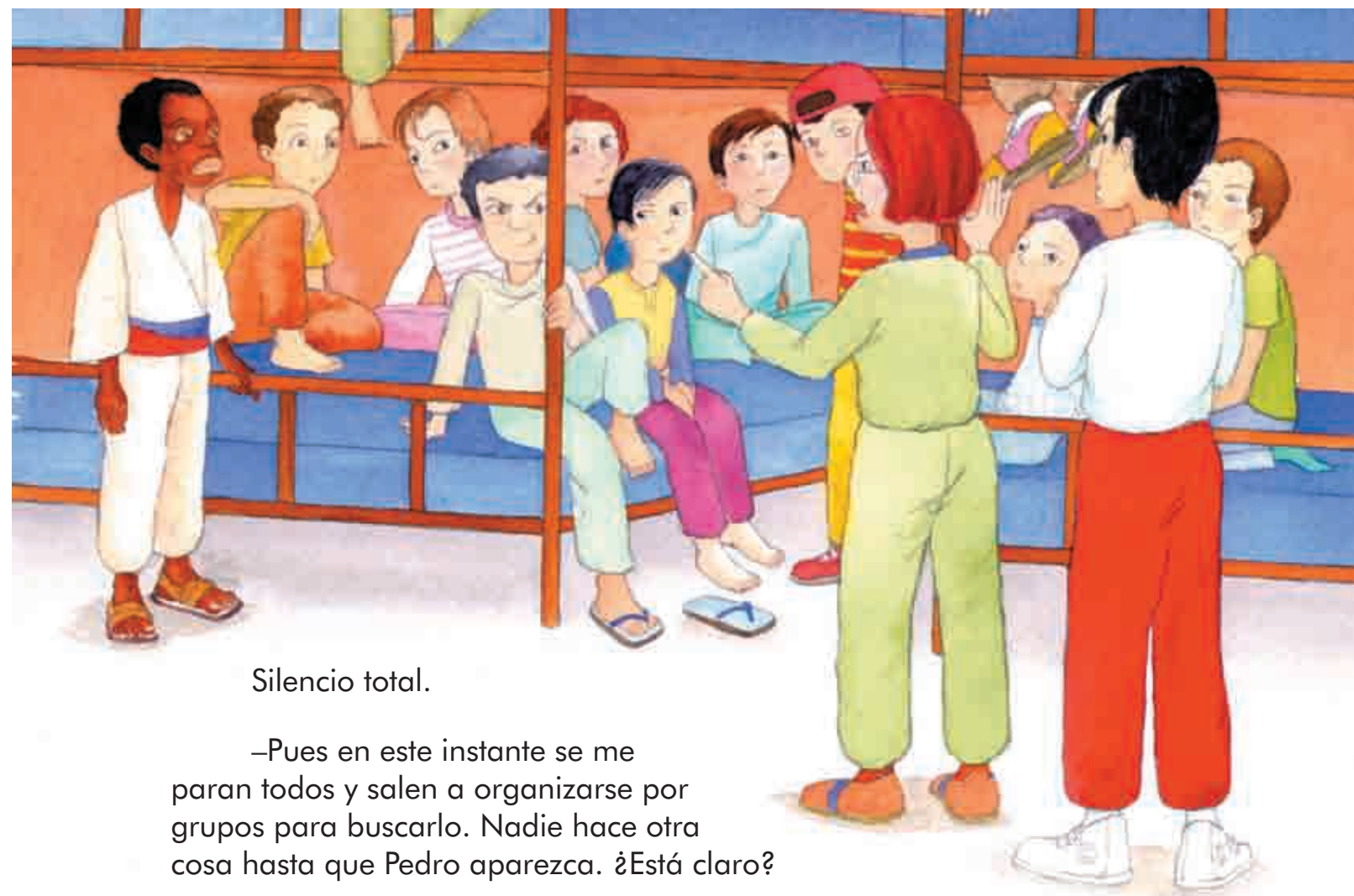
–¡A ver quién es el *supermacho* que encuentra ahora a su compañero Pedro!

Según Frisco, una por una empezaron a asomarse caras pálidas y asustadas entre las sábanas. Nadie dijo ni “mú”. La maestra Alicia se los puso como camote:

–Pedro Quijano, según entiendo, fue sacado de esta cabaña ayer en la noche. ¡Lleva más de ocho horas perdido! En este instante no quiero ni saber quiénes fueron los responsables, porque yo creo que fueron todos: ¡Bola de cobardes! ¡Eso sí que es ser poco hombres! ¡No decir nada por miedo cuando se está cometiendo una injusticia así! ¡Todo por no llevar la contraria a la mayoría! ¡Pero los que los corrieron directamente tienen mucha más culpa, y van a vérselas conmigo en serio!

Y les volvió a decir cobardes y poco hombres como cuatro veces. Dice Frisco que ya nadie alzaba la mirada.

–En este momento sólo quiero saber dónde puede haber ido su compañero. ¿Alguien tiene alguna idea? –preguntó por fin, preocupadísima.



Silencio total.

–Pues en este instante se me paran todos y salen a organizarse por grupos para buscarlo. Nadie hace otra cosa hasta que Pedro aparezca. ¿Está claro?

Unas cuántas vocecitas débiles contestaron:

–Sí, maestra...

Dice Frisco que Juan Luis no se atrevió a levantar la mirada del suelo en toda la mañana. Jiménez todavía dijo en voz baja que seguro yo me estaba escondiendo para asustarlos. ¿Se imaginan que yo iba a hacer eso? ¡Eso sí ya es tener demasiada imaginación!



¿Y qué tal si le pasó algo?

Marcela, la maestra y el profe organizaron grupos y a cada uno le asignaron una ruta para buscarme. Marcela tenía silbatos y cada jefe de grupo llevaba uno para ir chiflando por todos lados y que yo los oyera. Todos los equipos tenían un reloj y un mapa de la zona, además de un radio para comunicarse con Marcela y avisarle si me encontraban. Habían quedado en reunirse de nuevo a la una de la tarde, a menos que apareciera yo antes... pero no aparecí. Tampoco aparecía la Mora, aunque a Marcela ella no le preocupaba: sabía volver sola. Yo era el que estaba de verdad perdido. Entonces Marcela decidió pedir ayuda a los guías de otro campamento cercano. Eran gente como ella, que conocía muy bien la región.

Mientras esperaban a que llegaran, la maestra los mandó a todos a arreglar las cabañas y les dijo que después fueran a comer algo: nadie había desayunado.

Dice Frisco que mientras comían por fin empezaron a hablar. Tere fue la primera:

–¿Qué vamos a hacer si Pedro no aparece?



–¡Tiene que aparecer! –dijo Ortigosa.

–Pues sí, tiene que aparecer, pero ¿qué tal si algo le pasó?

–dijo Cristina–. Cuando uno tiene que andar sólo le pueden pasar muchas cosas. Yo me perdí una noche allá, en San Miguel Tihuiztlán.

–Oigan –preguntó de pronto Nadia– ¿y qué hizo que lo corrieron de la cabaña?

Todos voltearon a ver a Jairo:

–Nada, nos hartó por maricón –contestó–. ¡Ya nos tenía hasta el gorro con sus pasitos de baile y sus moditos!

–¡Pues tú ya nos tienes hasta el gorro por mandón y nadie te ha corrido de ningún lado! –se escuchó una voz furiosa.

Era la de Frisco. Según me contó Tere, se levantó y le pegó de gritos a Jairo.





–¡Ya vas a defender a tu novia! –le contestó Jairo, tan creído como siempre.

Pero ya no todos le siguieron la corriente. Hasta Juan Luis le contestó:

–¡Ya párale, Jiménez! ¿Qué no estás viendo lo que pasa?

–¿Por qué no te fijas en otras cosas de Pedro, a ver? –le reclamó Lily–. ¿Qué no te has dado cuenta que siempre que alguien tiene un problema Pedro se ofrece a ayudar? ¡En eso no te has fijado! ¿Verdad?

–¿Y quién anotó los mejores goles del campeonato al año pasado?

–dijo Gandarilla–. ¡Por eso quedamos en segundo lugar del estado!

Entonces unos cuantos empezaron a decir lo que les gustaba de mí.

–Pedro es el que sabe decir más palabras en *lingala* –recordó Yaro.

–Yo tengo que confesar que la verdad él fue quien me enseñó a bailar para la fiesta de mis primos –dijo Ortigosa.

–A veces es medio sentido pero la verdad ojalá que no le haya pasado nada –añadió Alex.

¡Cómo me hubiera gustado estar ahí para escuchar eso!

Agua, deliciosa agua

El sol estaba pegando durísimo cuando me desperté. Lo primero que supe fue que seguía yo perdido. Lo segundo, que tenía mucha sed. Lo

tercero, que ya no estaba conmigo la Mora. ¡Chin! ¡Y yo que había pensado seguirla de regreso. ¡Seguro se sabía el camino! Pero estaba tan cansado que ni siquiera me di cuenta cuando se fue.

Ya con la luz del día me vi: ¡parecía náufrago de película! El pantalón roto, el cuerpo arañado, los brazos llenos de cortadas. ¡Ay, ay, ay! ¿Se imaginan si me vieran así mis papás o mi tío Mau? ¡Se mueren!

Todo me dolía. Tenía la boca seca, seca, pero me paré como pude y empecé a caminar. Al poquito rato me encontré una vereda y la seguí. Después, me pareció oír un sonido muy débil y lejano. Me paré a escuchar...

–¡Priiit! ¡Priiit! ¡Peeeedro! –alguien gritaba mi nombre allá, muy lejos.

Puse mucha atención y empecé a caminar hacia donde se oía el silbato. ¿Se imaginan? ¡Ya me veía yo comiendo algo y poniéndome mi ropa de nuevo!





A los pocos minutos apareció otra vez la Mora por la vereda.

–¡Morita! –la abracé contento. Ella pareció no tener tiempo que perder. Se dio media vuelta y se detuvo en el camino, como esperando que la siguiera. Detrás de una lomita vi salir a un señor que gritaba mi nombre.

–¡Peeedro! –y silbaba de cuando en cuando.

–¡Aquí! ¡Aquí estoy!

El cuate corrió hacia mí.

–¡Vaya, qué bueno! ¿Cómo estás muchacho? ¡Mírate nada más!

Enseguida me pasó su cantimplora y me dio a tomar agua, mientras llamaba por su radio:

–¡Marcela, lo encontramos! Tenías razón: tu perra me guió hacia él.

Y es que, mucho más abajo, la Mora le había salido al paso ladre y ladre. Por el radio, Marcela le había dicho que siguiera a su perra sin dudarle. Entonces escuché el grito de la dueña, orgullosa, por el aparato.

–¡Ah, qué maravilla! ¿Cómo está Pedro?

–¿Qué como estás? –él me puso el radio enfrente para que yo contestara.

–Bien, Marcela –dije con la boca mojada–, con mucha sed, pero bien.

–Vente para acá, Pedro. Te está esperando un platillo especial.



Luego preguntó:

–¿Ahí está la Mora? –la perra volteó, sabiendo que le hablaban–. ¡Muy bien Morita, muy bien!

Y mientras la perra movía el rabo mirando el radio, Julio, que así se llamaba el que me encontró, me preguntó que si podía caminar. Le dije que sí, que no era para tanto. Se quitó su camisa y me la puso. Regresamos caminando con la Mora, mientras yo tomaba agua de la cantimplora. Lo que no se imaginan es lo bien que me supo. ¡Era el agua más rica que yo hubiera probado jamás!



La receta TH-1

Cuando entré al comedor ahí estaban todos. Muchos se levantaron a saludarme y a darme un abrazo, aunque Marcela ya les había dicho que no me tocaran mucho, porque venía todo rasguñado. Jiménez, como estaba junto a la maestra Alicia, me tuvo que pedir una disculpa.

—Yo... este... te quería decir que no estuvo bien lo que hice... Perdón.



La verdad, no supe si creerle. Ya lo veríamos con el tiempo, y cuando no estuviera la maestra. Al que sí le creí cuando me pidió perdón fue a Juan Luis, él es mejor tipo, siempre ha sido.

Yaro me apretó la mano durísimo y Frisco me pidió disculpas por no haberme defendido. Él fue el que me preparó el platillo delicioso que me había dicho Marcela por el radio: su receta especial TH-1: tacos hawaianos de jamón con piña y salsa de tomate. ¡Me supieron riquísimo!

Después de bañarme y vestirme, Marcela me revisó los arañazos y me los desinfectó con yodo. La Morita, nos miraba muy atenta. Cuando Marcela terminó, me dijo:

—¡Listo, muchacho! ¿Qué más puedo hacer por ti?

Y que le contesto:

—¿Me regalas a tu perra?

Ella nada más se rió.
¿Se imaginan que me la hubiera regalado?





Discriminación por preferencia sexual

La homosexualidad es causa de discriminación en casi todo el mundo. En cuando menos 80 países es perseguida por la ley y en algunas naciones, como Arabia Saudita e Irán, puede llegar a castigarse con la muerte.

En México la homofobia (intolerancia a la homosexualidad) también es grave, como lo revelan las siguientes estadísticas (1995-2004)¹

337 víctimas ejecutadas por odio homofóbico	38 en 1995	26 en 1999	27 en 2003
	42 en 1996	24 en 2000	33 en 2004
	37 en 1997	22 en 2001	
	47 en 1998	40 en 2002	

Lo anterior refleja una tendencia promedio de tres ejecuciones por mes en el período. De las 337 víctimas, 15 eran mujeres y 322 hombres.

- Del total del periodo destacan 137 casos en el Distrito Federal, 67 en el Estado de México, 39 en Veracruz, 16 en Michoacán y 13 en Yucatán.
- El promedio de edad de las víctimas es de 28 años y oscila entre los 20 y los 40 años de edad, representando cada uno en promedio 45 años de esperanza de vida perdidos; en su conjunto, los asesinatos equivalen a 9,130 años de esperanza potencial de vida perdidos para las víctimas, sus parejas y sus familias.
- Entre 1995 y 2004 se llevaron a cabo 337 ejecuciones homofóbicas demostradas, pero se estima que en realidad fueron 1,001.

Problemas asociados

- Homofobia criminal. La gran mayoría de las víctimas fue asesinada con extrema violencia y saña, lo que refleja la necesidad psicológica del victimario no sólo de infligir un daño a la víctima, sino de castigarla hasta el exterminio, constituyendo una verdadera ejecución, a diferencia de otro tipo de homicidios.
- Homofobia institucionalizada. En la investigación policíaca de los crímenes aún impera la indiferencia, el desprecio y la negligencia por parte de las autoridades procuradoras de justicia. La calificación de estos asesinatos como “pasionales”, contribuye a la extorsión policíaca y a su desatención.
- Homofobia social. El silencio y la escasa presión de la opinión pública para que se investigue y esclarezca este tipo de ejecuciones justifica inconscientemente a los asesinos. Incluso el prejuicio y el repudio a la conducta homosexual lleva a culpar a la propia víctima y a exonerar al criminal, quien actúa con impunidad y seguro de “liberar” a la sociedad de “esas lacras”.
- Homofobia interiorizada. La población homosexual y lésbica no tiene aún percepción de este riesgo porque no conoce el número real de las ejecuciones por homofobia. La crisis del sida ha fijado otras prioridades de protección y atención. El daño psicológico profundo, provocado por el rechazo familiar y social, torna vulnerables a muchos homosexuales, quienes se sienten desvalorizados y con una autoestima muy baja, lo que los coloca en situación de desventaja frente a sus agresores.

¹ Este y los siguientes datos y observaciones fueron obtenidos de la revista *Letra S*.



Nos interesa tu opinión

Si tienes algún comentario sobre este
cuento, o deseas preguntarnos algo
sobre las tareas que realizamos en
el CONAPRED, envíanos una carta a:
Dante 14, piso 8, col. Anzures, del.
Miguel Hidalgo, CP 11590, o bien
escribenos al correo electrónico:
vinculacionyd@conapred.org.mx